

¿Cuándo fue? Seguramente era muy niña. Una tarde mi madre me llevó a visitar a una amiga suya: Aurora Guilmáin. En aquel tiempo ni el nombre ni el apellido me dijeron nada, no sabía que Aurora era la madre de una gran actriz ni que dos de sus nietos, adolescentes en aquella época, serían actores. Fueron muchas las veces que visitamos la casa de Aurora, pero ésa fue la primera que escuché la palabra “refugiada”. No me dijo nada...

Tampoco sabía que a lo largo de los años los términos, exilio, guerra civil, república, huelga, lucha sindical, socialismo, comunismo, anarquismo se iban a llenar de significados, paradójicamente, acompañados de un profundo afecto, pues desde niña mi vida ha estado hondamente ligada a los exiliados. No sé si por casualidad, o porque mi padre también lo fue. El caso es que todos sabemos la gran deuda que tiene México con el exilio español, pues llegaron a nuestro país todo tipo de científicos e intelectuales. Así, a mis doce años, el doctor D' Harcourt me operó del apéndice; en la secundaria conocí a María de los Reyes hija de un pintor mexicano y de una dramaturga exiliada; cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras, fui alumna de Adolfo Sánchez Vázquez, Ar-

turo Souto, Horacio López Suárez, Ramón Xirau, todos ellos excelentes maestros, clave en mi formación, pero sobre todo por su postura ante la vida: congruentes, comprometidos. En esta bruma de recuerdos, no puedo dejar de ver al doctor Enrique Guarnier, quien me ayudó a poner en palabras mis contradicciones y a ser mejor persona.

En 1977, gracias a Myriam Rudoy, entré a trabajar a la UAM; en poco tiempo encontraría grandes afectos de origen republicano: Begoña Arteta, Vida Valero, Antonio Martín Lunas y Joaquina Rodríguez Plaza. Joaquina me impresionó por su belleza y su mirada inteligente, honda. Nuestro acercamiento fue lento, pero así como si nada, empezaron los cafés y los cigarrillos como íntimos acompañantes de pláticas que con el tiempo se volvieron más a flor de piel que académicas.

El precio de la guerra civil española no sólo se midió en bajas, hubo otros: el desgajamiento de las familias fue uno entre tantos. Joaquina llegó a México a los nueve años de edad a reencontrarse con dos desconocidos: sus padres. No puedo ni imaginar cómo habrá sido esa nueva vida, ni cómo sus ojos contemplaban la nueva realidad, lo más seguro es que con

curiosidad, porque Joaquina es curiosa, y ese atributo seguramente le dio un arma poderosa para sobreponerse a esa brutal experiencia.

Dice Santiago Ramírez que “Infancia es destino”, por lo menos con esta sentencia tituló uno de sus libros. No sé qué tan cierta sea esta afirmación, pero vale para el caso de Joaquui. Evidentemente, aquella sensación de extrañamiento, pérdida y ausencia, años más tarde, la llevó a leer todas las novelas que sus paisanos exiliados escribieron en México. Estas lecturas con el tiempo se convirtieron en un libro: *La novela del exilio español*, en el que su autora da cuenta, previa advertencia y estudio crítico, de un amplio catálogo que ofrece no sólo los nombres y fichas bibliográficas de estos autores, sino también una reseña crítica de sus obras más sobresalientes. En dicho estudio se lee lo siguiente:

[...] los exiliados vuelven su mirada hacia la tierra que ya no tienen bajo sus pies con intención de auscultarla, recrearla o inventarla. Se ha dicho que la novela del exilio es un descubrir España desde México. Y así es en efecto: se la atiende para entenderla y entenderse.¹

“Entenderse” es la clave, no sólo para los que escriben, sino para los lectores, tal vez ésa sea una razón por la que la lectura es un hábito fundamental en la vida de Joaquina: siempre lee: suplementos, libros, revistas, periódicos, ensayos, novelas, poesía. Cada vez que la veo tiene algo para mí o para los alumnos. Nadie como ella para programar un curso, antes de empezar

ya está el material con el que va a trabajar. No es extraño, entonces, que a través de las novelas de los autores exiliados Joaquina encontrara piezas del rompecabezas que quería completar.

Hay, sin embargo, un autor que habría de darle muchas piezas de ese anhelado todo. Se trata de Max Aub, que obviamente forma parte de su catálogo por sus novelas: *Las buenas intenciones*, *La calle de Valverde*, inspiradas en Galdós y, desde luego, los *Campos*, testimonios vivos de sus experiencias en los campos de concentración.

Joaquina estudió en el Luis Vives, una de las escuelas fundadas en México por los refugiados. No sé exactamente si fue ahí o en un grupo de jóvenes con los que escalaba los volcanes, en donde Joaquui conoció a Elena Aub, y por ella a su padre, el escritor, Max Aub. El asunto es que, años más tarde, Elena le dijo a Joaquui, palabra más, palabra menos: “Tú has trabajado a mi padre, quiero darte su diario personal y a ver qué haces con él.” Se trataba de una caja en donde había toda clase de papeles, grandes y pequeños. En ellos había anotado Aub sus estados anímicos con respecto a las dudas que tiene todo escritor: ¿qué escribir?, ¿para qué escribir?, ¿para quién escribir? Éstas, aunadas a un hombre cuyas dudas poéticas y existenciales se magnificaban en esa experiencia forzosa que es el exilio: “¿Qué soy? Escritor español que no puede ser conocido más que a retazos en España. Escritor europeo que vive en América. Escritor mexicano que no es aceptado como tal en México. Todo esto para explicar un poco mi manera de ser, la variedad de la obra. Siempre se

¹ Joaquina Rodríguez Plaza, *La novela del exilio español*, p. 33.

escoge, pero poco.”² Habría que recordar que Max Aub era un exiliado particular, pues nació en París en 1902. De padre alemán y madre francesa. A los once años llegó a Valencia, en donde muy joven comenzó su carrera de escritor. Con el triunfo de la 2ª. República, ocupó diferentes cargos diplomáticos, y con la derrota de ésta fue perseguido por el gobierno de Franco. Sus *Campos*, como he señalado, dan cuenta de su vida transcurrida en los diferentes campos de concentración en los que estuvo. Parece que, para Aub, su origen cosmopolita complicó todavía más su condición de exiliado.

Volviendo a su *Diario*, Joaquina se preguntó: ¿qué hacer con esa serie de notas, qué hacer con ese testimonio personal de sentimientos contrariados? Creo que Joaquina pensó y repensó qué hacer con ese material que tanto le revelaba y desvelaba. Su curiosidad e ingenio le indicaron el camino: inteligentemente se inventó una “Conversación *post mortem*” con el padre de su amiga. No fue fácil, porque tuvo que organizar la información para que a través de las preguntas adquirieran coherencia, una lógica de exposición. Al fin lo logró. Me parece importante señalar que esta conversación ha sido citada por estudiosos de Aub y del exilio español en México, pues además de su originalidad, este diálogo da cuenta de los cambios que con el tiempo se registraron en Aub, pues por fortuna casi todos los documentos estaban fechados, aunque, claro, uno nunca deja ser quien es. Baste un ejemplo:

Joaquina pregunta: Y... ¿respecto al cómo...? [Evidentemente la pregunta va dirigida a la forma, a la estructura de la obra]

M. A. Las cosas ocurren y se me ocurren (a mí o a cualquiera, supongo) sin plan preconcebido, a la buena de Dios. La organización es siempre posterior y suele estropear –más o menos– lo que se hace. (27 de marzo de 1954)

M. A. Siempre cuando me pongo a escribir, tengo miedo. Miedo de no saber lo que quiero decir. Miedo de que lo que voy a escribir no tenga la menor importancia, que sea tiempo y trabajo desperdiciado, vano. A veces sé que lo que quiero hacer está bien, tiene razón de ser, pero temo no dar con las palabras, que se me desmorone por la mala forma.

Me enfrento con cada página como un torero con otro toro, tras haber matado innumerables. No cuentan. (15 de julio de 1955)

M. A. Cuando se ha escrito algo y, al releerlo, no le gusta a uno, no queda más que un remedio: acostumbrarse. Aun rompiéndolo. (9 de junio de 1957)

M. A. Escribir todo enseguida. Matar las ideas en caliente; las palabras, sangrando. (7 de junio de 1960)

M. A. Esos escritores que cuidan, retocan, destruyendo su obra nunca me fueron simpáticos. Prefiero los que dan lo suyo a como salga. Tal vez por pereza, y admiración ante el mundo tal y como crece de la tierra. (23 de mayo de 1966)³

De este modo revela Aub en diferentes momentos, sus diversos estados anímicos frente a la escritura, a la tan llevada y traída página en blanco.

² Joaquina Rodríguez Plaza y Alejandra Herrera, *Relatos y prosas breves de Max Aub*, p. 44.

³ *Ibid.*, pp. 59-60.

Por otra parte, mientras Joaquina organizaba dicho material, me invitó a elaborar con ella una antología de los cuentos y relatos de este autor. Acepté encantada pues el azar ya me había acercado a Aub. Una noche, mi amigo Arturo Córdova Just me leyó unas páginas de la *Gallina ciega*, en las que aparecía un tal Chulía, se trataba de su abuelo, Alfredo Just, el valenciano que dio cuerpo y materia a las esculturas que rodean la Plaza de Toros México. Los dos se conocieron en Valencia y se frecuentaron en el exilio. La alusión al abuelo me encantó y la prosa de Aub me pareció divertida. Así que Joaquina y yo pusimos manos a la obra, visitamos bibliotecas, conseguimos y leímos prácticamente todos los libros de cuentos de Aub, Víctor Díaz Arciniega nos prestó algunos y nos alentó para hacer dicha antología. Fue una gran experiencia en términos literarios y afectivos. Gracias a estas prosas entendí mejor lo que era el exilio, ese desgarramiento entre ser de aquí y de allá, especialmente cuando se quiere estar allá y no se puede estar más que acá. Ése no saber para quién escribir, porque, ¿quién lo va a leer? El temor ante el regreso a una tierra que ya no era la añorada, en la que los afectos habían desaparecido, baste citar "El remate".

La necesidad de ajustar cuentas, de revisar el pasado para entender lo que ocurrió, no sólo lo evidente: la derrota, sino sus causas, es otro tema explorado por Aub, y una de ellas fue la división de la izquierda. En "Librada", aparece un claro testimonio de lo que costaron esas diferencias entre los republicanos, en fin...

Pero si bien había cuentos desgarradores, también había en otros humor, fantasía, imaginación, lo que más nos dis-

tingue de los animales, y que ayuda a que un escritor se haga célebre. Como el "Manuscrito Cuervo" excelente animación de un cuervo narrador que no comprende la estupidez humana. O "La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco", en donde un mesero harto de los gritos hispanos que se disparaban en contra de Franco, entre los cafés que servía, decide ir a matarlo. Hay que leerlo para saber en qué acaba y qué ocurre a su regreso.

Los *Crímenes ejemplares* de Aub también son un ejemplo de humor e ironía, son también, desde mi punto de vista, un reflejo de la asimilación de la cultura mexicana por este autor, pues lo que ofrece la nota roja es una serie de absurdos por los que nos matamos unos a otros, miren si no:

Lo maté porque me dolía la cabeza. Y él venga hablar, sin parar, sin descanso, de cosas que me tenían completamente sin cuidado. La verdad, aunque me hubiesen importado. Antes, miré mi reloj seis veces, descaradamente: no hizo caso. Creo que es un atenuante muy de tenerse en cuenta.⁴

No puedo menos que mencionar que la influencia de Aub es claramente expresa en Joaquina: sus *Crímenes para la beneficencia pública* y sus *Otros crímenes para la beneficencia pública* son una muestra clara de la admiración de ella por este autor. Son prosas breves, quizá más intelectuales que las de Aub, en las que Joaquina mata la soberbia, la vanidad, la falta de consideración, todo eso que si brillara por ausente haría de este mundo algo más llevadero, más vivible.

No puedo terminar este mi pequeño homenaje a Joaquina, mi amiga y herma-

na, sin mencionar *Yo vivo*, un pequeño y gran libro de Aub, escrito en España antes de la guerra. Es de clarísimos tintes vanguardistas, propiamente no hay una anécdota, no es un cuento ni un relato, son unas prosa poéticas dedicadas al gozo, a esos momentos de la vida cotidiana, simples, nimios, como la ducha, la blusa de una joven, el bosque y sus olores, el campo. No he dicho y debo decirlo, que Joaquí es una caminadora incansable, camina por su barrio, por el mío, por el campo –sabe los nombres de los árboles y plantas, ya he dicho que es curiosa, averigua todo–; la cocina –no he mencionado que Joaquí es excelente cocinera, es una maga preparando un cocido madrileño o un pescado al horno; no seamos exigentes: un café–. Joaquí na pese a todo, un exilio o lo que fuese, Joaquí es un ser gozoso, intelectual y sensualmente. Nadie como ella para disfrutar lo bello, lo sabroso, lo rico de la vida. Y Aub en el libro citado da cuenta de todo ello, por eso no es extraño que este autor declare para sí en su *Diario*:

M. A. Gritar alto que la vida, lo único que traemos, es prodigiosa. Bajar a lo más pequeño naturalmente: un grano

de arena, una hormiga, el pétalo de una rosa, y decir nuestro asombro. Nos hemos olvidado de la vida por tenerla tan a mano y nos hemos refugiado en entelequias, que convertimos en instrumentos de tortura. Sacar de cada cosa algo bueno. Asombrarse. Hallar en todo razón de vida y darle gracias al cielo que es la tierra.⁵

Debo decir que algunas de las páginas de *Yo vivo* también fueron incluidas en nuestra *Antología* y que finalmente la presentamos en Valencia, para más señas.

Joaquí, gracias por compartir tanto conmigo, “y lo que me rondarás, morena”.

BIBLIOGRAFÍA

- Rodríguez, Joaquina. *La novela del exilio español*. México, UAM-A, 1984.
 Rodríguez, Joaquina y Alejandra Herrera. *Relatos y prosas breves de Max Aub*. México, UAM-A, 1993.

Alejandra Herrera
 Departamento de Humanidades, UAM-A

⁴ *Ibid.*, p. 330.

⁵ *Ibid.*, p. 47.